

Julie Orringer

El puente invisible



El puente invisible

El puente invisible

Julie Orringer

Traducción de
Esther Roig

Lumen

narrativa

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Título original: *The Invisible Bridge*

Primera edición: octubre de 2010

© 2010, Julie Orringer

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Esther Roig Giménez, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-1765-7

Depósito legal: NA-2.242-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en RODESA

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

H 4 1 7 6 5 7

A los hermanos Zabav

O tempora! O mores! O mekkora nagy cónesz.
¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Oh qué gran desastre!

El Ranúnculo, un periódico del Servicio de Trabajo
Húngaro, Campo de trabajos forzados de Bánhida, 1939

*Desde Bulgaria rotundos cañonazos retumban,
alcanzan la cresta de la montaña, vacilan y caen.
Un cúmulo acartonado de pensamientos, animales, carros y hombres;
relinchando, la carretera se encabrita; el cielo corre con sus crines.
En ese caos de movimiento estás en mí, permanente,
en mi conciencia resplandeces, para siempre olvidado y mudo
el movimiento, como un ángel sobrecogido por el gran carnaval de la muerte,
o un insecto en el corazón podrido de un árbol preparando su funeral.*

MIKLÓS RADNÓTI, «Postales fotográficas»,
escrita a su esposa durante la marcha fúnebre desde Heidenau, 1944

*Es como
si yaciera
bajo un cielo bajo
y respirara
por el ojo de una aguja.*

W. G. SEBALD,
Sin contar

PRIMERA PARTE

La rue des Écoles

Una carta

Años después le diría a ella que su historia empezó en la Ópera Nacional de Hungría la noche antes de que se marchara a París en el Western Europe Express. El año era 1937; el mes, septiembre, y la noche, más fría de lo que correspondía a la estación. Su hermano se había empeñado en llevarlo a la ópera como regalo de despedida. La obra era *Tosca* y sus asientos estaban en el gallinero. No eran para ellos las puertas de entrada con tres arcos de mármol ni la fachada con columnas corintias y entablamiento heroico. La suya era una humilde entrada lateral con un portero de cara rubicunda, un suelo de madera rayada y paredes cubiertas de carteles de óperas medio despegados. Chicas con vestidos por la rodilla subían por la escalera cogidas del brazo de jóvenes con trajes gastados; unos jubilados discutían con sus esposas de cabellos canos mientras subían fatigosamente los cinco tramos de la estrecha escalera. En lo alto, un alegre barullo: un salón de descanso revestido de espejos, con bancos de madera, el aire turbio por el humo del tabaco. La puerta del otro extremo daba a la sala de conciertos, una gran caverna con luz eléctrica, un fresco de inmortales griegos en el techo y balcones decorados con volutas doradas. Andras nunca había esperado ver una ópera allí, y no la habría visto de no haber comprado Tibor las entradas. En opinión de este, toda estancia en Budapest debía incluir al menos una velada de Puccini en la Operaház. Tibor se inclinó sobre la barandilla para indicarle el palco del almirante Horthy, que aquella noche solo ocupaba un general anciano con una chaqueta de húsar. Mucho más abajo, unos acomodadores con esmoquin acompañaban a hombres y mujeres a sus butacas; los

hombres con traje de etiqueta, las mujeres con el cabello centelleante de joyas.

—Ojalá Mátyás pudiera ver esto —dijo Andras.

—Lo verá, Andráska. Vendrá a Budapest cuando termine el bachillerato y al cabo de un año estará harto de este sitio.

Andras no pudo menos de sonreír. Él y Tibor se habían mudado a Budapest tras finalizar sus estudios en el *gimnázium* de Debrecen. Ambos se habían criado en Konyár, un pueblecito de la llanura oriental, y al principio la capital les había parecido el centro del mundo. Ahora Tibor pensaba ir a estudiar a una facultad de medicina de Italia, y Andras, que solo llevaba un año en la ciudad, se marchaba al día siguiente para estudiar en París. Hasta que recibieron la noticia de la *École Spéciale d'Architecture*, todos pensaban que Tibor sería el primero en marcharse. Desde hacía tres años trabajaba de dependiente en una zapatería de Váci utca, ahorrraba para sus estudios y leía manuales de medicina por la noche como si le fuera la vida en ello. Cuando Andras había ido a vivir con él un año antes, la partida de Tibor parecía inminente. Ya había aprobado los exámenes y presentado la solicitud a la facultad de medicina de Módena. Creía que tardaría seis meses en recibir la confirmación y su visado de estudiante. Sin embargo, en la facultad de medicina lo pusieron en una lista de espera para estudiantes extranjeros y le dijeron que iban a pasar otro par de años antes de que pudiera matricularse.

Tibor no hablaba de su situación desde que Andras sabía lo de la beca, ni mostraba el menor asomo de envidia. Al contrario, había comprado aquellas entradas para la ópera y ayudado a su hermano a ultimar los preparativos. Mientras la luz se atenuaba y la orquesta empezaba a tocar, a Andras le asaltó una sensación de vergüenza: aunque sabía que se habría alegrado por Tibor si la situación hubiera sido al revés, sospechaba que le habría costado mucho disimular la envidia.

Un hombre alto y flaco, con el pelo blanco y reluciente, salió por una puerta lateral del foso de la orquesta y se encaminó hacia un haz de luz. El público gritó entusiasmado mientras el hombre subía al podio. Tuvo que saludar tres veces y levantar las manos en señal de rendición antes de que se

hiciera el silencio; entonces se volvió hacia los músicos y alzó la batuta. Tras un momento de silencio estremecedor, una tormenta de música emergió de los instrumentos de viento y cuerda y penetró en el pecho de Andras, llenándole la caja torácica hasta dejarlo casi sin aliento. El telón de terciopelo se alzó para dejar ver el interior de una catedral italiana, con todos los detalles representados con perfecta minuciosidad. Los vitrales irradiaban luz roja y azul, y un fresco a medio terminar de María Magdalena resaltaba fantasmagórico en una pared enyesada. Un hombre con el atuendo carcelario de rayas se coló a hurtadillas en la iglesia y se ocultó en una de las capillas a oscuras. Entró un pintor para trabajar en el fresco, seguido de un sacristán empeñado en que recogiera sus pinceles y trapos antes de que comenzara la misa siguiente. A continuación entró Tosca, la diva de la ópera, la modelo de María Magdalena, con la falda color carmín arremolinándose en los tobillos. La canción se elevó y quedó suspendida en la cúpula pintada de la Operaház: la voz de tenor, como el sonido de un clarinete, del pintor Cavaradossi, el bajo rotundo del fugitivo Angelotti, el cálido albaricoque de soprano de Tosca, la diva ficticia, interpretada por Zsuzsa Toronyi, la diva húngara de carne y hueso. El sonido era tan consistente, tan tangible, que a Andras le pareció que si estiraba la mano por encima de la barandilla podría cogerlo a puñados. Pensó que el propio edificio se había convertido en un instrumento: la arquitectura expandía el sonido y lo completaba, lo amplificaba y contenía.

—Nunca olvidaré esto —susurró a su hermano.

—Más te vale —susurró Tibor a su vez—. Espero que me llesves a la ópera cuando vaya a verte a París.

En el intermedio tomaron una tacita de café en el salón de descanso y comentaron lo que habían visto. ¿La negativa del pintor a traicionar a su amigo era un acto de lealtad altruista o una fanfarronada para la glorificación personal? ¿Su capacidad de soportar la tortura que vino a continuación debía interpretarse como una sublimación de su amor sexual por Tosca? ¿Habría esta apuñalado a Scarpia si su profesión no le hubiera instruido tan bien en las formas del melodrama? La conversación les producía un placer agridulce. De niño Andras había pasado horas escuchando a Tibor

hablar de filosofía, deporte o literatura con sus amigos, y había suspirado por que algún día pudiera decir algo que su hermano considerara ingenioso o incisivo. Ahora que él y Tibor eran iguales, o más o menos iguales, Andras estaba a punto de marcharse, de subir a un tren que le llevaría a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué sucede? —preguntó Tibor poniéndole la mano en el brazo.

Andras tosió y apartó la mirada.

—Demasiado humo —dijo, y se ruborizó.

Se sintió aliviado cuando las luces parpadearon para indicar el final del intermedio.

Después del tercer acto, una vez concluidos los innumerables saludos —los difuntos Tosca y Cavaradossi milagrosamente resucitados, el malvado Scarpia sonriendo como un buenazo al recoger un gran ramo de rosas rojas—, Andras y Tibor se abrieron paso hacia la salida y bajaron por las atestadas escaleras. Fuera, por encima del resplandor de las luces de la ciudad, se veían unas pocas estrellas desperdigadas. Tibor cogió del brazo a su hermano y lo condujo hacia la parte del edificio que daba a Andrásy, donde los espectadores de la platea y el anfiteatro salían por los tres arcos de mármol de la imponente entrada.

—Quiero que veas el vestíbulo principal —dijo—. Le diremos al portero que nos hemos dejado algo dentro.

Andras lo siguió por la entrada principal hacia el vestíbulo iluminado por arañas, donde una escalera de mármol desplegaba sus alas hacia una galería. Por ella bajaban hombres y mujeres vestidos de etiqueta, pero Andras solo se fijaba en la arquitectura: las molduras de ovas y dardos en la escalera, la bóveda de cañón cruzada encima, las columnas corintias rosas que sostenían la galería. Miklós Ybl, un húngaro de Székesfehérvár, había ganado un concurso internacional para diseñar el teatro de la ópera. Cuando Andras cumplió ocho años, su padre le regaló un libro con los dibujos arquitectónicos de Ybl, y él había pasado muchas tardes estudiando aquel espacio. Rodeado por el público que se marchaba, contempló la bóveda, tan concentrado en conciliar aquella versión tridimensional con los dibujos lineales de su memoria que apenas se percató de que alguien se detenía ante

él y le hablaba. Tuvo que pestañear y esforzarse por fijar la mirada en la persona, una mujer corpulenta y dulce con un abrigo de marta cibelina que parecía pedirle algo. Él hizo una inclinación y se apartó para dejarla pasar.

—No, no —dijo ella—. Está donde quiero que esté. ¡Qué suerte haber tropezado con usted aquí! No habría sabido cómo encontrarle.

Andras trató de recordar dónde y cuándo había conocido a aquella mujer. En su cuello centelleaba un collar de diamantes, y por debajo del abrigo asomaba la falda de un vestido de seda rosa; sus cabellos oscuros estaban recogidos en un casquete de rizos prietos. La mujer lo tomó del brazo y lo condujo hacia los escalones de la entrada del teatro.

—Es usted el del banco del otro día, ¿verdad que sí? —dijo—. Usted es el del sobre con los francos.

Por fin la reconoció: era Elza Hász, la esposa del director del banco. Andras la había visto algunas veces en la gran sinagoga de Dohány utca, adonde él y Tibor iban de vez en cuando al servicio de los viernes por la noche. Unos días atrás él la había empujado sin querer cuando ella cruzaba el vestíbulo del banco; la mujer había dejado caer la sombrerera que llevaba, y a él se le había escurrido de la mano el sobre de los francos. El sobre se había abierto y había dejado salir los billetes verde y rosa, que habían caído a los pies de ella como confeti. Andras había limpiado la sombrerera y se la había devuelto, y después la había visto desaparecer por una puerta con la palabra PRIVADO.

—Debe de tener la edad de mi hijo —prosiguió ella—. Y a juzgar por los billetes que llevaba, diría que se va a estudiar a París.

—Mañana por la tarde —dijo él.

—Debe hacerme un gran favor. Mi hijo está estudiando en la Beaux-Arts y me gustaría que le llevara un paquete. ¿Sería un inconveniente para usted?

Andras tardó en responder. Acceder a llevar a París un paquete para alguien significaba que se marchaba de verdad, que iba a dejar atrás a sus hermanos, sus padres y su país para adentrarse en la inmensa y desconocida Europa occidental.

—¿Dónde vive su hijo? —preguntó.

—En el Quartier Latin, por supuesto —respondió ella entre risas—. En una buhardilla de pintor, no en una villa espléndida como nuestro Cavaradossi. Aunque dice que tiene agua caliente y vistas al Panteón. ¡Ah, ahí viene el coche! —Un sedán gris se detuvo junto al bordillo y la señora Hász levantó el brazo para hacer señas al chófer—. Venga a verme mañana antes de mediodía, en el veintiséis de Benczúr utca. Lo tendré todo preparado. —Se apretó más el cuello del abrigo y corrió hacia el coche sin volverse a mirar a Andras.

—¡Vaya! —dijo Tibor, que se puso a su lado en los escalones—. ¿Vas a contarme de qué iba esto?

—Voy a ser un mensajero internacional. Madame Hász quiere que le lleve un paquete a su hijo, que vive en París. Nos conocimos el otro día en el banco, cuando fui a cambiar pengos por francos.

—¿Y has aceptado?

—Sí.

Tibor suspiró y apartó la vista hacia los tranvías amarillos que pasaban por el bulevar.

—Esto va a ser de lo más aburrido sin ti, Andráska.

—Tonterías. Estoy convencido de que tendrás una novia en menos de una semana.

—Sí, claro. A las chicas les vuelven locas los dependientes de zapatería sin blanca.

Andras sonrió.

—¡Por fin un poco de autocompasión! Empezaba a cogerte manía por ser tan generoso e imperturbable.

—No lo creas. Te mataría por marcharte. Pero ¿qué ganaría? Entonces ninguno de los dos iría al extranjero. —Sonrió, pero la expresión de sus ojos era seria tras las gafas de montura plateada.

Enlazó su brazo en el de Andras y bajó con él por los escalones, tarareando unos compases de la obertura. Estaban a solo tres travesías de su piso de Hársfa utca. Cuando llegaron a la entrada se detuvieron para tomar una última bocanada de aire nocturno antes de subir. El cielo por encima de la Operaház era de un naranja pálido por la luz reflejada, y las campa-

nas de los tranvías resonaban en el bulevar. En la penumbra, a Andras le pareció que Tibor era tan apuesto como una estrella de cine, con el sombrero ladeado de una forma atrevida y el fular de seda blanca echado sobre un hombro. En ese momento parecía un hombre dispuesto a iniciar una vida emocionante y poco convencional, un hombre mejor preparado que él para bajarse de un vagón de tren en un país extranjero y reclamar su lugar en él. Parpadeó y sacó la llave del bolsillo, y al cabo de un minuto estaban los dos corriendo escaleras arriba como colegiales.

La señora Hász vivía cerca del Városliget, el parque de la ciudad, con su castillo de cuento y sus inmensos baños rococó al aire libre. La casa de Benzúr utca era una villa de estilo italiano, con enlucido de estuco amarillo pálido, rodeada por tres lados por jardines ocultos; por encima del muro de piedra blanca asomaban rosales sostenidos por rodrigones. Andras distinguió el débil borbotello de una fuente y el sonido de un rastrillo de jardinero. Le extrañó que unos judíos vivieran allí, pero había un *mezuzah* clavado en el marco de la puerta: un cilindro plateado envuelto en hiedra dorada. Cuando pulsó el timbre, sonó una campanada de cinco notas en el interior de la casa. Después se oyó un repiqueteo de tacones sobre mármol, seguido del ruido de unos gruesos cerrojos al abrirse. Una criada de cabello cano abrió la puerta y lo invitó a pasar. Andras entró en un vestíbulo abovedado con suelo de mármol rosa y una mesa de marquetería con un manojito de calas en un jarrón chino.

—Madame Hász está en el salón —dijo la criada.

Andras la siguió por el vestíbulo y un pasillo abovedado. Se pararon ante una puerta al otro lado de la cual se oían voces femeninas que subían y bajaban de tono. No acertaba a distinguir las palabras, pero era evidente que estaban discutiendo: una voz se elevó hasta llegar al cenit y disminuyó de volumen; otra, más tranquila que la primera, se alzó, porfió y se apagó.

—Espere un momento —indicó la criada antes de entrar para anunciar su llegada.

Cuando la mujer informó de la presencia de Andras, las voces intercambiaron otra breve andanada, como si la discusión tuviera algo que ver

con él. La criada reapareció y lo invitó a entrar en una sala grande y luminosa que olía a tostadas con mantequilla y a flores. En el suelo había alfombras persas rosas y doradas; unas sillas de damasco blanco combinaban con un par de sofás de color salmón, y sobre una mesa baja descansaba un cuenco de rosas amarillas. La señora Hász se había levantado de su silla en el rincón. Sentada a un escritorio cerca de la ventana había una mujer mayor vestida de luto, con la cabeza cubierta con un chal de encaje. Tenía una carta lacrada en la mano; la dejó sobre una pila de libros y encima colocó un pisapapeles de cristal. La señora Hász cruzó el salón en dirección a Andras y le tendió la mano, grande y fría, para estrechar la suya.

—Gracias por venir —dijo—. Le presento a mi suegra, la señora Hász. —Señaló con la cabeza a la mujer de negro. Esta era de constitución delicada, con la cara muy arrugada, que a Andras le pareció hermosa a pesar del aura de aflicción; sus grandes ojos grises irradiaban un dolor callado. Andras le hizo una reverencia y pronunció el saludo formal: *Kezét csókolom*; «le beso la mano».

La mujer mayor le devolvió el saludo.

—Así pues, ha aceptado llevar un paquete a József —dijo—. Es muy amable por su parte. Seguro que tiene mucho en que pensar.

—No es ninguna molestia.

—No le entretendremos —aseguró la más joven—. Simon está terminando de preparar el paquete. Mientras tanto, pediré que nos traigan algo de comer. Parece hambriento.

—Oh, no, por favor, no se moleste —repuso Andras.

De hecho, el olor a tostadas le había recordado que no había probado bocado en todo el día, pero le preocupaba que en aquella casa hasta el menor refrigerio exigiera una larga ceremonia cuyas reglas le fueran desconocidas. Además, tenía prisa: su tren salía al cabo de tres horas.

—Los jóvenes siempre tienen hambre —afirmó la señora Hász, y tras pedir a la criada que se acercara le dio unas instrucciones y le indicó que se fuera.

La señora mayor se levantó de la silla del escritorio e indicó a Andras que se sentara a su lado en uno de los sofás de color salmón. Andras tomó

asiento, preocupado por si sus pantalones dejarían una marca en la seda; pensó que habría necesitado una vestimenta diferente para pasar una hora tranquilo en esa casa. Ella cruzó sus delgadas manos sobre el regazo y le preguntó qué iba a estudiar en París.

—Arquitectura —contestó él.

—Vaya. Entonces será compañero de József en la Beaux-Arts.

—Iré a la École Spéciale —repuso Andras—, no a la Beaux-Arts.

La más joven se sentó en el sofá de enfrente.

—¿La École Spéciale? —repitió—. No se la he oído mencionar a József.

—Es una escuela de formación más especializada que la Beaux-Arts —dijo Andras—, o eso tengo entendido. Estudiaré allí con una beca de la Izraelita Hitközség. Fue una feliz casualidad, de hecho.

—¿Una casualidad?

Y Andras se explicó: el director de *Pasado y Futuro*, la revista donde trabajaba, había presentado algunas de las portadas diseñadas por Andras en una exposición celebrada en París en la que se mostraba la obra de artistas jóvenes de Europa central. Las portadas habían sido elegidas y expuestas; un profesor de la École Spéciale que había visto la muestra preguntó por Andras. El director le contó que el joven quería ser arquitecto, pero que a los estudiantes judíos les resultaba difícil entrar en las facultades de arquitectura de Hungría: un *numerus clausus* ya abolido, que en los años veinte había mantenido la cifra de estudiantes judíos en el seis por ciento, seguía planeando sobre las prácticas de admisión en las universidades húngaras. El profesor de la École Spéciale había escrito cartas y solicitado a la junta de admisiones que concedieran una plaza a Andras en el curso siguiente. La Asociación de la Comunidad Judía de Budapest, la Izraelita Hitközség, había abonado el dinero para la matrícula, el alojamiento y la manutención. Había sucedido todo en cuestión de semanas, y parecía que en cualquier momento los planes podían desbaratarse. Pero eso no había ocurrido y Andras se marchaba. Comenzaría las clases al cabo de seis días.

—Ah —dijo la señora más joven—. ¡Qué afortunado! ¡Y con una beca! —Pero al pronunciar las últimas palabras bajó la vista, y Andras experimentó la misma sensación que lo embargaba cuando era un colegial en

Debreceen: una vergüenza repentina, como si le hubieran dejado en ropa interior. Algunas veces había pasado las tardes de los fines de semana en casa de otros niños que vivían en la ciudad, cuyos padres eran abogados o banqueros y que no tenían que hospedarse en casa de familias pobres; niños que dormían solos en su cama por la noche, llevaban camisas planchadas a la escuela y almorzaban en casa todos los días. Las madres de algunos de esos niños lo trataban con amabilidad y compasión; otras con cortesía y desagrado. En su presencia se había sentido igualmente desnudo. Se obligó a mirar a la madre de József mientras le decía:

—Sí, ha sido una suerte.

—¿Y en qué parte de París vivirá? —preguntó ella.

Andras se frotó las rodillas con las palmas de las manos, que tenía húmedas.

—En el Quartier Latin, supongo.

—Ya, pero ¿dónde se alojará cuando llegue?

—Supongo que preguntaré a alguien dónde alquilan habitaciones los estudiantes.

—Tonterías —intervino la señora mayor cubriéndole la mano con la suya—. Irá a casa de József, por supuesto.

La señora joven tosió y se arregló los cabellos.

—No deberíamos poner en un compromiso a József —dijo—. Tal vez no tenga sitio para un invitado.

—Oh, Elza, eres rematadamente esnob —replicó su suegra—. El señor Lévi está haciendo un favor a József. Seguro que József podrá prestarle su sofá durante un par de días al menos. Le mandaremos un telegrama esta misma tarde.

—Ya llegan los emparedados —anunció la más joven, claramente aliviada con la distracción.

La criada entró en el salón empujando el carrito del té. Además del servicio de té había una fuente de cristal con pie que contenía emparedados tan blancos que parecían hechos de nieve. Junto a la base había unas pinzas de plata en forma de tijera, como para dar a entender que aquella clase de emparedados no debían ser tocados por manos humanas. La señora ma-

yor cogió las pinzas y depositó varios emparedados en el plato de Andras, más de los que este se habría atrevido a servirse. Al ver que la más joven cogía un emparedado sin la ayuda de cubiertos o pinzas, Andras se atrevió a comerse uno de los suyos. Era de queso cremoso con eneldo untado sobre pan blanco y tierno sin corteza. Unas rodajas de pimiento amarillo finas como el papel eran la única señal de que el emparedado se hubiera preparado dentro de los confines de Hungría.

Mientras la señora joven servía una taza de té a Andras, la mayor se acercó al escritorio y cogió una tarjeta blanca en la que pidió a Andras que escribiera su nombre y la información relativa a su llegada. Telegrafiaría los datos a József, quien le estaría esperando en la estación de París. Le ofreció una pluma de cristal con una plumilla de oro tan fina que a Andras le dio miedo utilizarla. Se inclinó sobre la mesa baja y apuntó la información en letra mayúscula, aterrado por la posibilidad de romper la plumilla o dejar caer una gota de tinta en la alfombra persa. Lo que sí se manchó fueron los dedos, de lo que solo se apercibió cuando miró su último emparedado y vio que el pan estaba teñido de violeta. Se preguntó cuánto tardaría el tal Simon en aparecer con el paquete para József. Oyó un sonido de martillazos procedente del otro extremo del pasillo y confió en que estuvieran cerrando la caja.

A la señora mayor le complació ver que Andras se había terminado sus emparedados. Le dedicó su sonrisa teñida de aflicción.

—Así pues, será su primera vez en París.

—Sí —confirmó Andras—. Mi primera vez fuera del país.

—No permita que mi nieto le ofenda —dijo la mujer—. Es un buen chico cuando se le conoce.

—József es todo un caballero —afirmó la señora joven al tiempo que se ahuecaba la raíz de sus rizos apretados.

—Son muy amables al enviarle un telegrama —dijo Andras.

—No es nada —repuso la señora mayor. Anotó la dirección de József en otra tarjeta y se la dio a Andras. Poco después un hombre con librea de mayordomo entró en el salón con una enorme caja de madera en las manos.

—Gracias, Simon —dijo la señora joven—. Déjela aquí.

El hombre la depositó sobre la alfombra y se retiró. Andras miró el reloj dorado de la repisa de la chimenea.

—Gracias por los emparedados —dijo—. Debo marcharme.

—Espere un momento, por favor —dijo la señora mayor—. Querría pedirle que se llevara otra cosa. —Fue al escritorio y sacó la carta lacrada de debajo del pisapapeles.

—Disculpe, señor Lévi —dijo la joven. Se levantó, cruzó la habitación hacia su suegra y le puso una mano en el brazo—. Ya hemos hablado de esto.

—Entonces no me repetiré —repuso la señora mayor bajando la voz—. Haz el favor de apartar la mano, Elza.

La más joven negó con la cabeza.

—György estaría de acuerdo conmigo. No es prudente.

—Mi hijo es un buen hombre, pero no siempre sabe lo que es prudente y lo que no lo es —afirmó la señora mayor. Apartó suavemente el brazo de la mano de la mujer joven, volvió al sofá de color salmón y entregó el sobre a Andras. Tenía escritos un nombre, C. MORGENSTERN, y una dirección de París.

—Es un mensaje para un amigo de la familia —explicó la señora mayor con la mirada clavada en Andras—. Tal vez le pareceré excesivamente cauta, pero para ciertos asuntos no me fío del servicio de correos húngaro. Las cosas pueden perderse o caer en malas manos. —Mantuvo la mirada fija en Andras mientras hablaba, como si le estuviera pidiendo que no le preguntara a qué se refería ni qué asuntos podían ser tan delicados para exigir tal grado de cautela—. Si es tan amable, le agradecería que no lo comentara con nadie. Especialmente con mi nieto. Cuando llegue a París, compre un sello y échela en un buzón. Me hará un inmenso favor.

Andras se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Nada más fácil —dijo.

La nuera seguía rígida junto al escritorio, con las mejillas encendidas bajo la capa de polvos. Todavía tenía una mano sobre la pila de libros, como si pudiera hacer que la carta regresara y se posara de nuevo allí. Pero no había nada que hacer, en opinión de Andras; la señora mayor había ga-

nado y la joven debía comportarse ahora como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal. La mujer recompuso su expresión y se alisó la falda gris antes de volver al sofá donde estaba sentado Andras.

—Bueno —dijo cruzando las manos—. Parece que hemos resuelto el asunto. Espero que mi hijo le ayude en París.

—Sí, gracias por todo —dijo Andras—. ¿Es esta la caja que quiere que me lleve?

—En efecto —contestó la señora joven señalándola con un gesto.

La caja de madera era lo bastante grande para contener un par de cestas de picnic. Cuando Andras la levantó, sintió un fuerte tirón en los intestinos. Dio unos pasos vacilantes hacia la puerta.

—Dios santo —exclamó la señora joven—. ¿Podrá con ella?

Andras asintió con la cabeza.

—Oh, no. Se va a deslomar. —Pulsó un timbre de la pared y Simon apareció poco después. Cogió la caja de manos de Andras y se dirigió hacia la puerta de la casa. Andras lo siguió, y la señora mayor lo acompañó hasta el camino de entrada, donde esperaba un largo coche gris. Por lo visto las señoras querían que regresara a casa en él. Era de fabricación inglesa, un Bentley. Andras esperaba que Tibor estuviera en casa para verlo.

La señora mayor le puso una mano en el brazo.

—Gracias por todo —dijo.

—No se merecen —repuso Andras, y se despidió con una inclinación.

La mujer le apretó el brazo y entró en casa; la puerta se cerró silenciosamente tras ella. Mientras el coche se alejaba, Andras se volvió para mirar el edificio. Observó las ventanas, sin saber muy bien qué esperaba. No vio movimiento alguno; ni cortinas que se apartaban ni el atisbo fugaz de una cara. Se imaginó a la señora joven regresando al salón con su muda frustración, y a la mayor retirándose más adentro tras aquella fachada de color mantequilla, entrando en una habitación cuyo excesivo mobiliario parecía sofocarla, una habitación cuyas ventanas no ofrecían una vista consoladora. Se volvió, apoyó un brazo sobre la caja destinada a József y dio su dirección de Hársfa utca por última vez.

El Western Europe Express

Por supuesto, contó a Tibor lo de la carta; no podría haber ocultado algo como eso a su hermano. En la habitación que compartían Tibor cogió el sobre y lo miró a contraluz. Estaba lacrado con una gota de cera roja en la que la señora Hász mayor había impreso su monograma.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Andras.

—Intrigas operísticas —respondió Tibor con una sonrisa—. El capricho de una anciana, unido a la paranoia por la poca fiabilidad del servicio de correos. El tal Morgenstern de la rue de Sévigné será un antiguo amante. Te apuesto lo que quieras. —Devolvió la carta a Andras—. Ahora tú ya formas parte de su romance.

Andras guardó la carta en un bolsillo de la maleta y se conminó a no olvidarla; si un antiguo amante la estaba esperando, sería cruel privarle de ella. A continuación repasó su lista por decimoquinta vez y vio que no le quedaba nada más por hacer, aparte de marcharse a París. Para ahorrarse el taxi, él y Tibor pidieron prestada en la tienda de ultramarinos una carretilla que empujaron, con la maleta de Andras y la enorme caja de József, hasta la estación de Nyugati. En la ventanilla de venta de billetes se produjo una discusión sobre el pasaporte de Andras, que por lo visto era demasiado nuevo para parecer auténtico; hubo que consultar a un agente de emigración y después a su superior y finalmente a un superintendente con el uniforme repleto de botones dorados, quien hizo una marca diminuta en el borde del pasaporte de Andras y regañó a los otros por haberle importunado. Minutos después de que el asunto se hubiera resuelto, Andras, al

hurgar en su cartera de piel, dejó caer el pasaporte en el estrecho espacio que quedaba entre el andén y el tren. Un amable caballero les ofreció su paraguas; Tibor lo introdujo en el hueco y empujó el pasaporte hasta un lugar en el que podían alcanzarlo.

—Ahora sí parece auténtico —comentó al entregárselo a Andras. El pasaporte estaba sucio y rasgado en la esquina donde Tibor había clavado la punta del paraguas. Andras se lo guardó en el bolsillo y los dos echaron a andar por el andén hacia la puerta del vagón de tercera clase, donde un revisor con gorra roja y dorada invitaba a subir a los pasajeros.

»Bueno —añadió Tibor—. Deberías buscar tu asiento. —Tenía los ojos húmedos tras las gafas. Puso una mano sobre el brazo de Andras—. En adelante no pierdas ese pasaporte.

—No lo perderé —aseguró Andras sin hacer ademán de subir al tren.

—Todos al tren —exclamó el revisor lanzando una mirada elocuente a Andras.

Tibor besó a su hermano en ambas mejillas y lo estrechó entre sus brazos durante un buen rato. Cuando eran niños y partían para asistir a la escuela, su padre solía ponerles una mano sobre la cabeza y recitar la oración del viaje antes de que subieran al tren; Tibor susurró aquellas palabras. «Que Dios guíe tus pasos hacia la tranquilidad y te mantenga alejado de las manos del enemigo. Que estés a salvo de todos los infortunios de esta tierra. Que Dios inspire piedad a los ojos de los que te miren.» Volvió a besar a Andras.

—Cuando regreses serás un hombre de mundo —dijo—. Un arquitecto. Me construirás una casa. Cuento con eso, ¿vale?

Andras no podía hablar. Soltó un largo suspiro y miró el suelo de hormigón del andén, donde habían quedado adheridas pegatinas de viaje en un despliegue multinacional. Alemania. Italia. Francia. El vínculo con su hermano era visceral, vascular, como si estuvieran unidos por el torso; la idea de subir a un tren que había de alejarlo de él le parecía tan terrible como dejar de respirar. Sonó el silbato del tren.

Tibor se quitó las gafas y se apretó la comisura de los ojos.

—Ya está bien —dijo—. Pronto volveremos a vernos. Vete.

Después de anochecer Andras miró por la ventanilla mientras atravesaban una ciudad donde los rótulos de las calles y las tiendas estaban escritos en alemán. El tren había cruzado la frontera sin que él se percatara; mientras dormía con un libro de poemas de Petőfi sobre las rodillas, habían dejado atrás Hungría y entrado en el anchuroso mundo. Se acercó al cristal con las manos a los lados de la cara y buscó austríacos en las estrechas calles, pero no vio ninguno; poco a poco las casas se volvieron más pequeñas y dispersas, y la ciudad dio paso a los campos. Graneros austríacos, meras sombras a la luz de la luna. Vacas austríacas. Una carreta austríaca, llena de heno plateado. A lo lejos, recortadas contra el cielo azul nocturno, las montañas de un azul más oscuro. Abrió la ventanilla unos centímetros; el aire era frío y olía a leña.

Tuvo la extraña sensación de no saber quién era, de haber salido del mapa de su propia existencia. Era lo contrario de lo que sentía siempre que viajaba hacia el este, desde Budapest a Konyár, para ver a sus padres; en aquellos viajes a su pueblo natal tenía la impresión de avanzar hacia su interior, hacia un núcleo esencial, como la miniatura del tamaño de un grano de arroz que había en el centro de la muñeca rusa que su madre tenía en el alféizar de la cocina. Pero ¿quién imaginaba él que era ahora ese Andras Lévi sentado en un tren que cruzaba Austria en dirección al oeste? Antes de partir de Budapest apenas si se había parado a pensar en lo mal preparado que estaba para una aventura como esta, un período de cinco años estudiando arquitectura en una universidad de París. En Viena o en Praga se las habría arreglado; siempre había tenido buenas notas en alemán, que estudiaba desde los doce años. Sin embargo, era París y la École Spéciale quienes lo reclamaban, y tendría que componérselas con sus dos años de francés medio olvidado. Sabía poco más que unos cuantos nombres de comidas, partes del cuerpo y adjetivos elogiosos. Como los demás alumnos del instituto de Debrecen, había memorizado las palabras francesas de las posturas sexuales que aparecían en unas fotografías antiguas que se pasaban de generación en generación: *croupade*, *les ciseaux*, *à la grecque*. Las estampas eran tan viejas y estaban tan manoseadas que las imágenes de las parejas entrelazadas parecían fantasmas plateados, y solo cuando se las colocaba en cierto ángulo

bajo la luz. Aparte de eso, ¿qué más sabía de francés, o siquiera de Francia? Sabía que el país limitaba con el Mediterráneo por un lado y con el Atlántico por el otro. Sabía algo de los movimientos de tropas y las batallas de la Gran Guerra. Por supuesto, conocía las catedrales de Reims y Chartres; Notre-Dame, el Sacré-Coeur y el Louvre. Eso era todo, con algún que otro hecho fragmentario. Durante las pocas semanas de que había dispuesto para preparar el viaje, había consultado una vez tras otra las páginas de su anticuado libro de frases útiles, comprado por cuatro chavos en una librería de viejo de Szent István körút. El libro debía de ser anterior a la Gran Guerra; ofrecía traducciones de frases como «¿Dónde puedo alquilar un tiro de caballos?» y «Soy húngaro, pero mi amigo es prusiano».

El fin de semana anterior, cuando había ido a Konyár para despedirse de sus padres, había confesado sus temores a su padre mientras paseaban por el huerto después de cenar. No había sido algo intencionado; los muchachos y el padre compartían tácitamente la idea de que, como hombres húngaros, no debían mostrar ningún signo de debilidad, ni siquiera en momentos críticos. Sin embargo, al caminar entre los manzanos, apartando los hierbajos que les llegaban hasta la rodilla, Andras se sintió impulsado a hablar. Se preguntó en voz alta por qué le habían elegido a él entre todos los artistas de la muestra de París. ¿Cómo había determinado la junta de admisión de la École Spéciale que él, en particular, merecía su atención? Aunque sus obras poseyeran un mérito especial, ¿quién podía asegurar que alguna vez volvería a crear algo semejante o, más aún, que sacaría provecho del estudio de la arquitectura, una disciplina diametralmente diferente de todo cuanto había hecho hasta entonces? En el mejor de los casos, dijo a su padre, era el beneficiario de una fe inmerecida; en el peor, un mero impostor.

Su padre echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Un impostor? —repitió—. ¿Tú, que me leías en voz alta a Miklós Ybl cuando tenías ocho años?

—Una cosa es amar el arte, y otra ser un artista.

—Hubo una época en que los hombres estudiaban arquitectura simplemente porque era un objetivo noble —afirmó su padre.

—Hay objetivos más nobles. Las artes médicas, por ejemplo.

—Tu hermano posee talento para eso. Tú tienes tus propias aptitudes. Y ahora dispones de tiempo y dinero para desarrollarlas.

—¿Y si fracaso?

—¡Ah! Entonces tendrás una anécdota que contar.

Andras cogió del suelo una rama caída y la usó para apartar la hierba alta.

—Parece egoísta —dijo— ir a estudiar a París, y a expensas de otro.

—Irías a mis expensas si pudiera pagarlo, créeme. No quiero que pienses que es un acto egoísta.

—¿Y si este año vuelves a pillar neumonía? El almacén de madera no funciona solo.

—¿Por qué no? Tengo un capataz y cinco buenos serradores. Y Mátyás no está lejos si necesito más ayuda.

—¿Mátyás, ese cuervo escurridizo? —Andras negó con la cabeza—. Aunque logaran dar con él, seguro que no conseguirías hacerlo trabajar.

—Oh, claro que lo haría trabajar —afirmó su padre—, pero espero no tener que recurrir a él. A ese granuja le costará Dios y ayuda acabar el bachillerato, con todas las tonterías que ha hecho este último año. ¿Sabías que se ha unido a una especie de grupo de danza? Actúa por las noches en un club y se salta las clases de la mañana.

—Ya lo sabía. Razón de más para que no me vaya a estudiar tan lejos. Cuando Mátyás se traslade a Budapest, alguien tendrá que cuidar de él.

—No es culpa tuya que no puedas estudiar en Budapest —repuso su padre—. Estás a merced de las circunstancias. Sé algo de eso. Pero se hace lo que se puede con lo que se tiene.

Andras entendió qué quería decir su padre. Este había estudiado en el seminario teológico judío de Praga, y se habría convertido en rabino de no haber sido por la muerte prematura de su padre; antes de cumplir treinta años había pasado por una serie de tragedias, suficientes para que un hombre más débil se entregara a la desesperación. Desde entonces su suerte había cambiado de tal modo que en el pueblo todos creían que el Todopoderoso se había compadecido de él y lo había favorecido. Pero Andras sabía

que todo lo bueno que le había sucedido era el resultado de la obstinación y el trabajo esforzado.

—Es una suerte que vayas a París —dijo Béla—. Es mejor salir de este país, donde los judíos nos sentimos ciudadanos de segunda clase. Te aseguro que la situación no mejorará durante tu ausencia, aunque espero que tampoco empeore.

Ahora, mientras Andras avanzaba hacia el oeste en el vagón a oscuras, aquellas palabras resonaron en su cabeza; comprendió que bajo los temores que había expresado en voz alta subyacía otro. Recordó una noticia que había leído recientemente en el periódico sobre un hecho horrible acontecido pocas semanas antes en la ciudad polaca de Sandomierz: en plena noche habían roto los escaparates del barrio judío y lanzado al interior de los comercios pequeños proyectiles envueltos en papel. Cuando los tenderos los desenterraron, descubrieron que eran pezuñas de cabra. «Patas de judío», se leía en el envoltorio.

En Konyár no había sucedido nada parecido; judíos y no judíos habían convivido en relativa paz durante siglos. No obstante, las semillas estaban allí; Andras lo sabía. En la escuela primaria de Konyár sus compañeros le llamaban *Zsidócska*, «pequeño judío»; cuando iban todos a nadar, su circuncisión constituía una marca vergonzosa. Una vez lo inmovilizaron e intentaron meterle un pedazo de salchicha de cerdo entre los dientes apretados. Los hermanos mayores de esos niños habían atormentado a Tibor, y otros más jóvenes esperaban a Mátyás a la salida del colegio. ¿Cómo interpretarían esos chicos de Konyár, convertidos ahora en hombres, las noticias de Polonia? Lo que para él era una atrocidad podía parecerles justicia, o una especie de aval. Apoyó la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla y miró el paisaje desconocido, sorprendido por lo mucho que se parecía a las llanuras donde había nacido.

En Viena el tren paró en una estación mucho más hermosa que cualquier edificio que hubiera visto Andras. La fachada, de diez pisos de altura, se componía de hojas de cristal sustentadas por una rejilla de hierro dorado; los soportes formaban volutas, un diseño de flores y querubines, una or-

namentación que parecía más adecuada para un tocador que para una estación de ferrocarril. Andras se apeó y siguió el aroma del pan hasta un carro donde una mujer con un gorro blanco vendía *pretzels*. Sin embargo, esta se negó a aceptar sus pengos y sus francos. En alemán intentó explicar qué debía hacer Andras y le indicó un puesto de cambio de moneda, ante el cual había una cola que daba la vuelta a la esquina. El joven miró el reloj de la estación y después el montón de *pretzels*. Habían pasado ocho horas desde el festín de delicados emparedados en la casa de Benzúr utca.

Andras notó que alguien le tocaba el hombro y al volverse vio al caballero de la estación de Nyugati, el que había prestado su paraguas a Tibor para recuperar el pasaporte. El hombre vestía un traje de viaje gris y un abrigo ligero; sobre su chaleco brillaba una leontina de oro. Era alto, de torso fornido, cabellos morenos y ondulados, peinados hacia atrás, frente alta y abombada. Llevaba en la mano un maletín reluciente y un ejemplar de *La Revue du Cinéma*.

—Permita que le invite a un *pretzel* —dijo—. Tengo algunos chelines.

—Ya ha sido bastante amable —respondió Andras.

Aun así el hombre se adelantó y compró dos *pretzels*, y ambos se sentaron en un banco para comérselos. El caballero sacó del bolsillo un pañuelo con un monograma bordado y lo extendió sobre sus rodillas.

—Prefiero un *pretzel* recién hecho a lo que sirven en el vagón restaurante —comentó—. Además, los pasajeros de primera suelen ser unos pesados de primera.

Andras asintió y siguió comiendo en silencio. El *pretzel* todavía estaba caliente, y resultaba estimulante sentir la sal en la lengua.

—Veo que no se queda en Viena —observó el hombre.

—Voy a París —dijo Andras—, a estudiar.

El caballero volvió hacia Andras sus ojos rodeados de arrugas y lo escrutó durante unos instantes.

—¿Un futuro científico? ¿Un hombre de leyes?

—Arquitectura —contestó Andras.

—Muy bien. Una disciplina práctica.

—¿Y usted? —preguntó Andras—. ¿Cuál es su destino?

—El mismo que el suyo —respondió el hombre—. Dirijo un teatro en París, el Sarah-Bernhardt, aunque sería más correcto decir que el Sarah-Bernhardt me dirige a mí. Como una amante exigente, me temo. El teatro, ese sí es un arte poco práctico.

—¿Debe ser práctico el arte?

El hombre rió.

—No, por supuesto que no. —Y a continuación inquirió—: ¿Va al teatro?

—No tanto como quisiera.

—Entonces debe venir al Sarah-Bernhardt. Enseñe mi tarjeta en la taquilla y dígales que le envío yo. Diga que es un *compatriote* mío. —Sacó una tarjeta de una cajita de oro y se la dio a Andras. *Novak Zoltán, metteur en scène. Théâtre Sarah-Bernhardt.*

Andras había oído hablar de Sarah Bernhardt, pero sabía muy poco de ella.

—¿Madame Bernhardt actuaba allí? —preguntó—. ¿O... —agregó, con tono aún más vacilante— todavía actúa?

El hombre dobló el envoltorio de papel del *pretzel*.

—Actuó —dijo—. Durante muchos años. Entonces se llamaba Théâtre de la Ville. Pero eso fue antes de que yo llegara. Me temo que madame Bernhardt murió hace tiempo.

—Soy un ignorante —dijo Andras.

—Ni mucho menos. Me recuerda a mí mismo cuando era joven y viajé a París por primera vez. Le irá bien. Viene de una buena familia. Vi cómo se preocupaba su hermano por usted. Guarde mi tarjeta. Zoltán Novak.

—Andras Lévi. —Se estrecharon la mano y volvieron a sus vagones: Novak al coche-cama de primera clase, Andras a la comodidad relativa de la tercera clase.

Andras tardó dos días más en llegar a París, dos días durante los cuales tuvo que cruzar toda Alemania, adentrándose en el origen de los crecientes te-

mores que se extendían por toda Europa. En Stuttgart sufrieron un retraso, un problema mecánico que hubo que solventar para que el tren pudiera proseguir el viaje. Andras estaba desfallecido de hambre. No tuvo más remedio que cambiar algunos francos por marcos y buscar algo para comer. En el mostrador de cambio una mujerona con la dentadura mellada y un uniforme gris le obligó a firmar un documento por el que se comprometía a gastar todo el dinero cambiado dentro de las fronteras de Alemania. Quiso entrar en una cafetería cercana a la estación para comprar un bocadillo, pero en la puerta había un pequeño rótulo escrito a mano en letras góticas que rezaba: NO SE ADMITEN JUDÍOS. Por el cristal de la puerta vio a una jovencita que leía una revista ilustrada detrás de la barra de los pasteles. Debía de tener quince o dieciséis años, llevaba un pañuelo blanco en la cabeza y una cadenita de oro al cuello. La muchacha levantó la vista y sonrió a Andras. Este retrocedió un paso, echó un vistazo a las monedas alemanas que tenía en la mano —en una cara, un águila con una esvástica en las garras; en la otra, el perfil bigotudo de Paul von Hindenburg— y miró de nuevo a la chica. Los *reichsmarks* no eran más que unas pocas gotas de sangre en el vasto sistema circulatorio de la economía del país, pero de repente lo acometió el deseo desesperado de deshacerse de ellos; no quería comer lo que pudiera comprar con ellos, aunque encontrara una tienda donde los *Juden* no fueran *unerwünscht*. Rápidamente, comprobando primero que nadie lo observaba, se arrodilló y arrojó las monedas en la boca resonante de una alcantarilla. A continuación regresó al tren sin haber comido nada, y siguió hambriento los cien últimos kilómetros de territorio alemán. En el andén de la estación de una pequeña localidad alemana se agitaron banderas nazis con el rebufo del tren. La bandera roja ondeaba en los últimos pisos de los edificios y decoraba los toldos de las casas, y apareció en miniatura en las manos de un grupo de niños que desfilaban en el patio de una escuela junto a las vías. Cuando por fin cruzaron la frontera con Francia, Andras sintió como si llevara horas conteniendo la respiración.

Atravesaron campos ondulantes, pueblecitos de casas de madera, interminables y monótonas zonas residenciales y, por último, los barrios de

la periferia de París. Eran las once de la noche cuando llegaron a la estación. Haciendo malabarismos con la bolsa de piel, el abrigo y la cartera, Andras recorrió el pasillo del vagón y bajó al andén.

En la pared, un mural de metro y medio de largo mostraba a unos jóvenes soldados de semblante serio, con los ojos rebosantes de determinación, que se marchaban a luchar en la Gran Guerra. De otra pared colgaban unas pancartas de tela que representaban una guerra más reciente, española, dedujo Andras por el uniforme de los soldados. Los altavoces difundían mensajes en francés; entre los viajeros del andén, el murmullo del francés y la cadencia musical del italiano se entrelazaban con los tonos más ásperos del alemán, el polaco y el checo. Andras miró a la multitud en busca de un joven con un abrigo caro que pareciera tratar de localizar a alguien. No había pedido una descripción o una fotografía de József. No se le había ocurrido que pudiera resultarles difícil encontrarse. Cada vez había más pasajeros en el andén y más parisinos que acudían a recibirlos, y József seguía sin aparecer. Entre el gentío Andras atisbó a Zoltán Novak; una mujer con un sombrero elegante y un abrigo con el cuello de piel lo rodeó con los brazos. Novak la besó y se alejó con ella del tren, seguido de los mozos de cuerda que llevaban su equipaje.

Andras recogió su maleta y la enorme caja para József. Esperó mientras la multitud se hacía aún más densa y finalmente empezó a disiparse. Ningún joven apresurado se acercó a él para introducirlo en la vida de París. Se sentó sobre la caja de madera, de repente desfallecido. Necesitaba un lugar donde dormir. Necesitaba comer. Miró a las luces de los coches que pasaban por la calle al otro lado de la hilera de puertas señaladas con la palabra SORTIE. Transcurrió un cuarto de hora, y después otro, y József Hász seguía sin dar señales de vida.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la gruesa tarjeta donde la señora mayor había apuntado las señas de su nieto. Era la única dirección que tenía. Por seis francos consiguió que un mozo de cuerda con cara de morsa le ayudara a subir el equipaje y la enorme caja de József a un taxi. Dio las señas de József al conductor y se alejaron a toda velocidad en dirección al Quartier Latin. Durante el trayecto, el taxista no

paró de hablar en francés con tono jocoso, sin que Andras entendiera una sola palabra.

Apenas se percató de los lugares por donde pasaban camino de la casa de József Hász. La niebla caía en oleadas sobre la luz de las farolas y hojas de árbol húmedas chocaban contra las ventanillas del taxi. Los edificios bañados en una luz dorada desfilaban vertiginosamente; las calles estaban llenas de noctámbulos, hombres y mujeres que caminaban con un brazo echado sobre los hombros de sus compañeros. El taxi cruzó a toda velocidad un río que debía de ser el Sena, y por un momento Andras se permitió imaginar que estaban cruzando el Danubio, que se hallaba de vuelta en Budapest y que en poco tiempo se encontraría en casa, en Hársfa utca, donde subiría por la escalera para meterse en la cama con Tibor. Entonces el taxi paró ante un edificio de piedra gris y el conductor bajó para descargar el equipaje. Andras buscó más dinero en el bolsillo. El taxista se llevó la mano a la gorra, cogió los francos que le tendía y dijo algo que sonó como la palabra húngara *bocsánat*, «lo siento», pero que después Andras sabría que era *bonne chance*. Luego el taxi se alejó y Andras se quedó solo en una acera del Quartier Latin.